

DEL SEÑOR

D. ANTONIO ARNAO.

VISION.—LOTARIO.

CANTO DE LOS ZAGALES.—EL REGALO EN SUS DIAS.—LA MUERTE DEL PAJARILLO.  
AL CAER LA TARDE.—MELODÍAS.

VISION.

---

Mis párpados dolientes se cerraron  
El hálito al sentir del blando sueño:  
Las horas de la noche al fin tocaron  
Mi sien con su beleño.

Vago reposo de sin par dulzura  
Bienhechor mis sentidos dejó en calma:  
Sólo en el seno de la niebla oscura  
Velaba triste el alma.

Y oyó una voz, cual vaga melodía,  
Dulcísima, pausada, lastimera,  
Que por los mudos aires descendía  
De la azulada esfera.

Leve rumor, compas imperceptible,  
Luégo á su lado resonó un momento,  
Como de un ala grácil, invisible,  
Que latir hace al viento.

Y entre una luz que al íris semejaba  
Vió un ángel bello de argentada veste,

Que en silencio de amor la contemplaba  
Con expresion celeste.

Lo que el alma feliz sintió primero  
No lo puede narrar humana boca,  
Mas á la ley cedió del puro acero  
Cuando el iman le toca.

Y al ver que el ángel desplegaba ante ella  
Con majestad el vuelo sosegado,  
Lanzóse en pos de su esplendente huella  
Con afan no pensado.

Y salvaron la mar, y enhiestos montes  
Que alzaban rudos la atrevida cumbre,  
Hasta que al fin llegaron á horizontes  
Tintos en roja lumbre.

Melancólica, estéril y callada,  
Debajo de aquel cielo se veia  
Vasta extension, llanura calcinada,  
Donde vida no habia.

Herida estaba por el rayo ardiente,  
Sin árboles, ni brisas deleitosas;  
Sólo yacian junto á seca fuente  
Ruínas pavorosas.

«Dime (el alma exclamó con honda pena,  
Mirando el llanto aquel, árido y muerto),  
¿Qué mar es ese de abrasada arena?»  
Y él replicó: «¡El desierto!

» Esos restos que ve tu horror profundo,  
Sobre los que no llora el caminante,  
Son los de una ciudad, reina del mundo,  
Ciudad sin semejante.

» Vió su poder en el cenit glorioso  
Y la envolvió la muerte en sombra densa:  
¿Sabes quién fué ese pueblo portentoso?  
¡Babilonia la inmensa!

» Su soberbia la hundió. Proterva y loca  
Mofarse quiso de la ley divina;  
Y al murmurar sacrilega su boca  
Tornóse en vil ruína.

» ¿En dónde está la prístina grandeza  
De la que en Asia fué gentil señora,  
De la que alzaba el hierro y la cabeza  
Potente y triunfadora?

» Rotas columnas en la tierra hundidas  
Quedan de aquellos nítidos palacios  
Que en un tiempo pudieron atrevidas  
Alzar á los espacios.

» Y polvo inerte, cuya vista aterra,  
Sus sabios son, sus reyes y guerreros;  
Todos cuantos ayer sobre la tierra  
Se erguian altaneros.

» No más á darle su esplendor augusto

Sobre ella tornará la vida grata,  
Pues cuando Dios fulmina rayo justo  
Eternamente mata.

» Vengan los pueblos, do impiedades brotan,  
Que sólo del deleite ávidos cuidan;  
Los que niegan á Dios, los que le azotan,  
Los que necios le olvidan;

» Vengan los reyes cuyo torpe labio  
Vela hipócrita infames ambiciones,  
Y haciendo á la justicia eterno agravio  
Desgarran las naciones;

» Vengan los sabios cuya ciencia artera  
Quiere arrancar el mundo de su centro;  
Sepulcros blanqueados por defuera,  
Podredumbre por dentro;

» Y aprendan todos en la vil escoria  
Que resta de ese pueblo, ayer tan fuerte,  
Que está la muerte tras su infanda gloria,  
Y el juicio tras la muerte.»

Dijo así el ángel, y en su fácil vuelo  
Despareció con giro vaporoso,  
Y empezó á reflejar el alto cielo,  
Volcan esplendoroso.

Y vió el alma en el colmo de su espanto  
La tierra en vasta hoguera convertida,

Y á los pueblos vertiendo sangre y llanto  
En lucha fratricida.

Y entre el humo de tronos y de altares  
Su faz los astros con horror velaban,  
Y un trono y un altar, entre millares,  
Solos en pié quedaban.

Y vió tambien surgir de los escombros  
De aquel horror inmenso, nunca visto,  
La Fe que alzaba en sus robustos hombros  
La intacta cruz de Cristo.

Torné á la vida al fragoroso estruendo;  
Y al cielo alzando los nublados ojos,  
La realidad de mi vision temiendo,  
«¡ Perdon! » clamé de hinojos.

LOTARIO.

ELEGÍA.

Triste Lotario, que en amores arde,  
Canta así con mortal melancolía  
Cuando en sombras de horror muere la tarde:

«¡ Todo pasó! Tras de la estrella mia,  
Que por mi mal desapareció del cielo,  
Rápida huyó cual humo mi alegría.

» Perdí la luz que consoló mi duelo,  
Y desde entónces en mi torno crece  
Noche fatal de luto y desconsuelo.

» Doliente gime el alma que fallece,  
Mas no halla un eco que su voz repita,  
Pues el eco también mudo parece.

» ¿ Quién á la queja de mi amarga cuita  
Responderá con voz consoladora?  
¿ Quién calmará la angustia que me agita?

» ¡ Tierra de transición! ¡ Oh engañadora  
Tierra, que ofreces á los verdes años  
Felicidad lejana y seductora!

» Tú que brindas falaz goces extraños  
Que tan sólo prometen alegría  
Para trocarse en negros desengaños;

» ¿ Qué hiciste, di, de la esperanza mia?  
¿ Qué de mi corazón? ¿ Adónde huyeron  
Las dichas que tu halago me fingia?

» Bien de valle de lágrimas te dieron  
El nombre de dolor los que, avisados,  
En tí mansion de pena ver supieron.

» En mis sueños felices y dorados  
No creí la verdad de tal sentencia,  
Que estaban mis sentidos fascinados.

» Abrióse dulce á plácida creencia  
Mi pecho incauto, mas dejóle herido  
Con golpe aterrador cruda experiencia.

» Y miéntras, viendo mi vigor perdido,  
Doblaba al peso del dolor la frente,  
De todo encanto me privó el olvido.

» Y aquellos sueños de la edad riente  
Volaron, y hoy en mí tan sólo existe  
Mudo vacío, soledad creciente.»

Calla Lotario, y tras de pausa triste  
Prosigue así con habla lastimera,  
Pues á la infiel en recordar persiste:

« Ledia hermosa, te ví (¡ nunca te viera  
Y no así me matara ese tormento!),  
Te oí (¡ jamás para mi bien te oyera!).

» Sentí la voz y el perfumado aliento  
De los primeros, cándidos amores,  
Y tu esclavo quedó mi pensamiento.

» Reflejo de celestes resplandores,  
Brilló en ardor sublime tu mirada

Cuando decirte pude mis dolores.

» Y acogiste mi súplica, y colmada  
Ví en tu ternura la esperanza mia,  
Ví mi pena á su término llegada.

» ¡ Cuánto fué pura y casta la alegría  
Que aquella union de espíritus amantes  
En mi pecho feliz brotar hacia!

» ¡ Y cuántas, cuántas que me fueron ántes  
Memorias de placer, contemplo ahora  
Como recuerdos de dolor punzantes!

» Quiero en el hondo afan que me devora  
Repasar una página, al acaso,  
De aquella vida que acabó en mal hora.

» ¡ Bien la recuerdo, Ledia! Paso á paso  
Tras el rojo crepúsculo bajaba  
La estrella vespertina al triste ocaso.

» Ante el vivo esplendor que derramaba  
Como fanal sobre remota cumbre,  
Mi mente por doquier fantaseaba.

» Presa de indefinible dulcedumbre,  
Viendo el bello espectáculo del cielo  
Que un mar bañaba de purpúrea lumbre,

» Sintió el pecho crecer su ardiente anhelo,  
Y abrasado en el brillo de tus ojos  
Te demandé la vida y el consuelo.

» Tú, del pudor con los matices rojos,  
Y en lánguido mirar, así elocuente  
Me hablaste sin desden y sin enojos :

» *Por tí mi corazon arcana siente  
La pura llama del amor primero :  
Tuyo será miéntras latiendo aliente.*

» ¿ Y esto dijiste tú? Pues qué, ¿ severo  
No ha matado tan plácida memoria  
Con negro olvido desengaño fiero?

» ¿ Qué fué de tu promesa y de mi gloria?  
¿ Por qué mi corazon despedazaste  
Poniendo fin á mi amorosa historia?

» ¿ Por qué en la soledad me abandonaste?  
Gózate, infiel, en mi mortal tristeza;  
Gózate en la amargura que causaste;

» Pues tú no comprendiste la pureza  
Del culto aquel, de aquellas ilusiones  
Que me inspiró tu angélica belleza.»

¡ Oh Lotario infeliz! Sus aflicciones  
Arráncanle una lágrima que brilla  
Cual chispa del volcan de sus pasiones;  
Pero al sentir que escalda su mejilla  
Comprende que á su pecho generoso  
Deshonra el llanto y la flaqueza humilla.

« ¿ Y así me quejo? exclama. Valeroso  
Morir sabrá mi corazon callando,  
Si no queda en la lucha victorioso.

» Ya con solemne voz en él gritando  
Denuedo varonil, noble le alienta,  
Su antigua fortaleza recordando.

» Que cuanto más el ánimo atormenta  
El agudo aguijon de los dolores,  
Tanto más grande el ánimo se ostenta.

» Cesen ya, pues, las lágrimas de amores  
Que con flaqueza derramar solia.

Cesen ya para siempre. Los fulgores

» De la llama que siente el alma mía  
Pueden mostrar á la razon la senda  
Que á dicha más veraz segura guía.

» Y sólo habrá un amor que al pecho encienda,  
No terrenal, mezquino y pasajero,  
No amor que pide deleznable ofrenda;

» Sino aquel que, infinito y verdadero,  
Fuente inexhausta de inefables bienes,  
Es de dicha sin par ancho venero.»

Dice, y mostrando espléndidas sus sienas  
La aureola inmortal de la esperanza,  
El arpa en que cantó fieros desdenes  
Rota, léjos de sí, férvido lanza.

## CANTO DE LOS ZAGALES.

A la pradera hermosa  
Tornad ¡oh ninfas! á olvidar la pena;  
Aquí donde olorosa,  
Junto á purpúrea rosa,  
Cándido cáliz irgue la azucena.

Venid á la enramada  
Que del sol amortigua los ardores  
Y es de quietud morada;  
Aquí donde hechizada  
La mente forja ensueños seductores.

¿No mirais anhelantes  
Cómo la primavera ufana envía  
Sus luces fulgurantes?  
Pues de ella sois amantes,  
Venid para gozar de su alegría.

Las que al gárrulo estruendo  
De claras fuentes, aves que gorjean,  
Y céfiros bullendo,  
Sentís que, libres siendo,  
Por doquier vuestras almas fantasean;

Llegad. Aquí se agitan  
Otras, henchidas siempre de ilusiones  
Que nunca se marchitan:  
Aquí nobles palpitan  
Por vuestro amor ardientes corazones.

Ver podréis, de la aurora  
Flotando entre la luz, que estos pensiles  
Vivifica y colora,  
La imagen fiel que adora  
La humana mente en años juveniles.

Traed en la dulzura  
De vuestros ojos lánguidos y bellos  
Miradas de ternura;  
Y así delicia pura  
Desparcirán con fúlgidos destellos.

¿No oís cuán dulcemente  
Suena campestre música, perdida  
Por el sereno ambiente?  
Ella en voz elocuente  
Con inefables goces os convida.

Venid, pues, sin tardanza  
Adonde el mal no mueve cruda guerra;  
Y hallaréis bienandanza,  
Fino amor sin mudanza,  
Sol en el cielo, flores en la tierra.

## EL REGALO EN SUS DIAS.

Hermosura peregrina,  
Hija de Albion la nublada,  
Y al Manzanáres llegada  
Que un ángel ver se imagina;

Hoy que el cielo amor te ofrece  
Porque tu santa patrona  
Bella ostenta la corona  
Que su virtud ennoblece;

En este risueño día,  
Cuando á tu delicia atento  
Dulce te regala el viento  
Con aromas y armonía;

Permite que sin aliño  
Mi cariño, que es muy grande,  
Una sola flor te mande,  
Símbolo fiel del cariño.

No es la fresca, altiva rosa,  
Que luce del sol al rayo,  
Ni el rojo clavel de Mayo  
Ni la camelia pomposa;